

Los hebreos se encaminaron...



Los hebreos se encaminaron hacia el desierto.

Durante todo el día, desde el momento en que el horizonte se delineó contra el rojo de la aurora con sus dunas de roca, oscuras, chatas, o con sus dunas de arena, también oscuras, combadas, hasta la hora en que volvió a delinearse idéntico contra el rojo del crepúsculo, el desierto fue siempre igual.

Su inhospitalidad sólo tenía una forma. Se repetía invariable en cualquier punto donde se encontraran los hebreos, detenidos o en camino.

A cada milla, el horizonte se alejaba una milla; así, entre la mirada y el horizonte, la distancia nunca cambiaba. El desierto sufría las transformaciones del desierto; o bien era un altiplano de roca, o bien una extensión de piedras (enormes y desnudas, como en las periferias de las metrópolis, y con el mismo color desleído del acero), o bien un lago de arena oscura, estriado por una infinidad de orlas caprichosas e idénticas. Pero estas variantes ocurrían dentro de lo que no era otra cosa que el desierto, dentro de lo que no se parecía

a otra cosa que al desierto. Y esas variantes de roca, piedra o arena no eran para los

hebreos más que el signo de la repetición, la posibilidad de percibir una monotonía que penetraba en los huesos como la fiebre de la peste. El paisaje de lo opuesto a la vida se reiteraba pues, sin que nada lo ofuscara o lo interrumpiera. Nacía de sí, continuaba a través de sí, expiraba en sí; pero no rechazaba al hombre. Al contrario, lo acogía, inhóspito pero no enemigo, adverso a su naturaleza, más profundamente afín a su realidad.

Así, al caminar por una inmensidad donde siempre parecían inmóviles; al encontrar de nuevo, una milla o cien millas después, la misma duna con los mismos pliegues idénticos, dibujados por el viento; al no reconocer ninguna diferencia entre el horizonte septentrional, y el meridional, o entre las ínfimas colinas oscuras de oriente y las de occidente; al percibir como igualmente gigantesco, tanto al frente como a sus espaldas, un pequeño guijarro posado sobre el perfil de una duna, y al ver en todos los torrentes socavados en el color árido del carbón siempre el mismo torrente, los hebreos empezaron a concebir la idea de la Unidad.

La percibieron el primer día, después de caminar en el desierto cincuenta millas; se sintieron invadidos por ella el segundo día, después de recorrer otras cincuenta millas sin que nada cambiase, hasta que no tuvieron sino esa idea.

La Unidad del desierto era como un sueño que no deja dormir y del cual no es posible despertar.

Uno era el desierto, y era Uno un paso más allá. Uno dos pasos más allá. Uno a pesar de todos los pasos que pudieran dar los hebreos. Las formas de las palmeras, de las aguas, de los pozos, de las calles, de las casas se perdieron poco a poco en la memoria; hasta que toda la complicación del mundo humano se quedó atrás y pareció inexistente.

La Unidad del desierto estaba siempre fija ante los ojos de los hebreos, que sin embargo no lograban enloquecer. Al contrario, se sentían acogidos por esa cosa Única que recorrían, conscientes - pero, en el fondo, ya felices- de que ya nunca podrían salir de sus confines infinitamente lejanos.

Pier Paolo Pasolini de
"Teorema"